Discurso de Franco ante las Cortes Españolas

El Estado perfecto para nosotros es el Estado Católico.

•

Nuestra política atiende al interés español, no al extranjero, y ha servido con toda eficacia a la nación española.

•

En la conciencia de todos los pueblos se sabe quien amenaza al mundo, y sin embargo nadie se atreve a pronunciar su nombre.

•

Con Es[illegible] seguirán siempre estando [illegible]rdad y la razón.

DP
270
.F7383
1940z

El Jefe del Estado Español, generalísimo Franco, pronunció el día catorce de mayo ante las nuevas Cortes Españolas, un importante discurso en el que abordó todos los aspectos de la política interior y exterior de España. He aquí su texto, tomado de la Prensa de Madrid:

"Señores Procuradores:

Al iniciarse una nueva etapa en la vida de las Cortes Españolas, es obligado hagamos un alto en la marcha para analizar la obra pasada y definir la tarea que nos espera. En la etapa que termina, ha continuado con firmeza y sin interrupciones el perfeccionamiento y evolución de nuestras instituciones políticas, que nos permitieron liquidar la guerra y constituir un Estado, y no parece mucho el tiempo transcurrido en esta tarea si lo comparamos con el que otros países necesitaron para liquidar sus guerras internas, sin haber tenido, como en este caso, las dificultades de una guerra universal, que retrasaron notablemente nuestra reconstrucción y resurgimiento.

En este período de la vida de las Cortes se ha demostrado su eficacia en la elaboración y perfeccionamiento de las leyes, que han permitido abordar, con la asistencia de representación tan lucida de la nación, la resolución de problemas tan grandes e importantes como representan una gran parte de las leyes aprobadas. Mas para esta nueva tarea se consideró conveniente el llevar a cabo en su composición, aquellas pequeñas modificaciones que venían demandando sectores importantísimos del país, como son las Diputaciones Provinciales, interesadas en estar representadas y tomar parte en las tareas legislativas, y otras varias corporaciones y entidades que, por su número y su carácter intelectual o económico, solicitaban con fundamento una representación. Los procuradores, que por estas causas se aumentaron, fueron restados de los que la antigua ley otorgaba al Jefe del Estado para su nombramiento.

Amplia colaboración legislativa

Si la misión principal de las Cortes de una nación es la colaboración e intervención en sus tareas legislativas, puede asegurarse no ha existido período en nuestra historia en que ésta haya sido más eficaz. Destaca el contraste de esta etapa eficaz y cons-

tructiva en que las Cortes han estado ininterrumpidamente abiertas durante tres años, y las etapas de los viejos Parlamentos, que en los últimos tiempos no llegaban siquiera ni a poder aprobar los Presupuestos.

La vida de las naciones es, en los tiempos modernos, tan intensa, compleja y accidentada, que ya encierra en sí misma bastantes obstáculos para que éstos se acrecienten con la labor torpedeadora de los grupos políticos, exclusivamente atentos a sus medros. Los problemas legislativos en los tiempos modernos exigen eficacia y resolución, sin que la natural discusión de lo más conveniente sea bastardeada por los intereses mezquinos y las pasiones de los grupos. Esto explica a los ojos de la nación, la prudencia que ha presidido vuestras grandes sesiones públicas, y que las discusiones y las batallas de pareceres se hayan librado en el seno de las Comisiones, en las que su menor publicidad permite la discusión en toda su libertad y eficacia, al suprimirse la postura vanidosa ante el público, que anula ese espíritu de colaboración, de trabajo y de imperio de la razón que ha de presidir la elaboración y el perfeccionamiento de las leyes.

Yo agradezco a los procuradores salientes su patriótica, leal e inteligente colaboración en este período pasado, tan difícil en la vida del mundo, y por el que la nación ha de guardarles eterno reconocimiento, y espero que en la etapa que hoy emprendéis vuestras tareas sean coronadas por el mismo o por mejores éxitos.

En España no hay ningún problema político

Un hecho trascendental ha tenido lugar en estos últimos tiempos, que ha producido honda repercusión en la vida interna de los pueblos: el fin de la guerra universal. No es fácil la vuelta a la normalidad después de una guerra tan devastadora ni el sujetar las pasiones que ayer se soltaron y se estimularon. Vivimos todavía el espejismo de la victoria, y hay quienes todavía intentan pescar en el río revuelto, y a pretexto de la victoria pretenden inmiscuirse en lo que es interno y privativo de cada pueblo. Con este motivo se habla fuera de nuestras fronteras del problema político español. Yo niego que en España haya ningún problema político que resolver. (Muy bien. Grandes aplausos de los procuradores puestos en pie). Nuestros problemas políticos los hemos resuelto con nuestra sangre y con nuestro esfuerzo. Los grandes problemas políticos son aquellos en que se debaten todavía mu-

DUKE UNIVERSITY LIBRARY

chos de los pueblos que tomaron parte en la gran contienda y cuyos regímenes resultan ineficaces para resolverles las urgentes dificultades acumuladas. España hace siete años ha resuelto y ordenado el suyo, y, como antes os decía, va cumpliendo sus etapas con rigurosa exactitud.

Salvado este principio indiscutible de la soberanía de cada nación sobre sus asuntos internos, merece la pena, por una vez, el que analicemos las críticas que desde fuera se nos hacen.

¿En qué consiste la dictadura española?

El primer error que se comete consiste en querer presentar a nuestro régimen como un régimen de dictadura, pretendiendo con ello asignar a la magistratura que ejerzo, facultades extraordinarias y despóticas, cuando en España, precisamente, el Gobierno de la nación discurre dentro de las leyes y con sujeción a las normas de un Derecho preestablecido; el poder judicial es desempeñado por unos magistrados y jueces de carrera, con muchos años de servicio, que han ejercido sus funciones bajo la Monarquía y la República y que desarrollan sus actividades judiciales con completa independencia del Poder Ejecutivo (muy bien) y todos los españoles tienen abierto el camino de los Tribunales para obtener la justa satisfacción a sus derechos. Jamás en la vida de ninguna nación se ha movido la Justicia en un área de mayor independencia. (Muy bien. Grandes aplausos).

El Consejo de Estado, ampliado incluso en sus funciones, pues hoy entiende en los recursos de agravios de los funcionarios públicos, es consultado preceptivamente en todos los casos que establece la vieja ley de Contabilidad, y los departamentos ministeriales le escuchan en toda clase de reglamentaciones. Esto es, que no sólo se ejercitan esas funciones que este alto organismo ha tenido a través de la Historia, sino que se hace con la mayor exactitud y en un terreno de más grande amplitud.

El Fuero de los Españoles, que encierra los derechos naturales y sociales de la persona humana, hace seis meses ha sido puesto en vigor en sus preceptos básicos, y, no obstante la situación del mundo y las actividades y la agitación que las propagandas exteriores intentan promover, no han sido suspendidos ni un solo día los derechos tradicionales que el Fuero garantiza.

Se ha promulgado hace varios meses la ley del Referéndum, cuyo censo se halla en período avanzado de elaboración, que es-

tableció la consulta pública y directa para la aprobación de aquellas leyes que se juzguen de honda trascendencia. Han sido ya efectuadas las elecciones sindicales y corporativas para las representaciones en Cortes, y en breve nuevas elecciones locales renovarán las Corporaciones provinciales con arreglo al nuevo Código de Administración Local, que permitirá aportar nueva y fresca savia popular a vuestras representaciones.

Las Cortes Españolas reciben los proyectos de leyes del Gobierno y analizan, discuten y reforman o perfeccionan su contenido, o sea que las leyes no son fruto de la voluntad ni del capricho de un hombre, ni de un Gobierno, sino elaboradas previa la información pública correspondiente en las secciones de esta Cámara.

¿Puede, por tanto, sostenerse que un régimen que así obra, que tiene las Cortes abiertas constantemente y que en los tres años que comprende la pasada legislatura ha discutido y aprobado tantas y tan importantes leyes, constituye un régimen de dictadura arbitraria o despótica? Esta realidad española sale al paso con sus instituciones y con la forma en que se ejercita el poder a esa tacha de dictadura estúpida con que los maliciosos de fuera intentan apostrofar a nuestro régimen. (Muy bien. Grandes aplausos).

Origen y legitimidad

Igualmente se trata de poner en entredicho su origen y legitimidad, como si las revoluciones y las guerras no hubieran sido el origen de la mayoría de los regímenes que en el mundo se conocen. (Una larga ovación interrumpe a Su Excelencia con gritos de "¡Franco, Franco, Franco!"). Nuestra victoria salvó una sociedad a punto de perecer; ha cumplido y viene cumpliendo todos los compromisos y obligaciones internacionales, incluso los anteriores de otros regímenes que la nación española contrajo; ha obtenido, a su tiempo, el reconocimiento pleno de la casi totalidad de las naciones del universo y ha presidido durante tan dilatado tiempo la vida y las relaciones jurídicas de la nación, garantizando la paz, el orden y el progreso; recibe la asistencia pública y reitera en todas las ocasiones, bien frecuentes, en que se pone en contacto con el pueblo; títulos, como se ve, de limpieza de origen y de clara legitimidad que ningún tratadista de Derecho político del mundo podría desconocer. (Muchos aplausos).

Otra injusticia más es la que pretendió que el régimen alcanzado a costa de tantos sacrificios por los españoles, se deba a un reducido número de voluntarios extranjeros que militaron en nuestras filas. ¿Es que no tiene más fuerza y expresión del sentimiento y de la voluntad la acción de 1.200.000 soldados españoles, que se han batido por una causa, que el que entraña el acto de depositar un papelito en una urna. (Los aplausos y vítores vuelven a interrumpir al Caudillo), sujeto a todos los fraudes y suplantaciones que el sistema de elecciones constantemente registra? En lo nuestro, no cabe trampa ni cartón. Las revoluciones y las guerras son las parteras de la Historia y el origen de la mayoría de los Estados. (Muy bien).

Pero, ¿es que acaso no está ocurriendo en Europa precisamente lo que a nosotros se ha intentado injustamente achacar? ¿Es que los Estados que hoy nacen en los lugares que la guerra invadió no empiezan su constitución sobre la victoria y las bayonetas extranjeras de quienes los liberaron? (Grandes aplausos y gritos de "¡Franco, Franco, Franco!").

Pero en España no ha ocurrido esto. La victoria fué debida al esfuerzo de ese 1.200.000 soldados españoles que constituían el nervio del Ejército nacional que obtuvo la victoria, entre los cuales era una exigua cifra la de unos miles de voluntarios extranjeros, que tuvieron, por otra parte, una contrapartida mucho mayor en aquellas brigadas internacionales de comunistas que, al ser vencidos los ejércitos rojos en las puertas de Madrid, irrumpieron como un aluvión por la frontera catalana, abriendo de esta forma el camino a la filiación por ambas partes de voluntarios extranjeros, pero con una diferencia: que lo que en el campo rojo fué el nervio de la resistencia contra los nacionales, para éstos, en cambio, constituyó sólo el acto de solidaridad simbólica de otros países con la causa católica del Movimiento nacional español. (Muy bien. Muy bien). Se habla de alemanes y de italianos, y se calla, en cambio, el nombre de los voluntarios portugueses, de los irlandeses, de los rumanos y muchos otros grupos que vinieron a afiliarse a nuestra Legión. (Muy bien).

Cuando en varias ocasiones se trató de la retirada de los voluntarios extranjeros, fueron las autoridades de la zona roja quienes se negaron a aceptarla, por considerar que dicha retirada perjudicaba gravemente a la eficacia de su ejército. Todo lo contrario de lo que pasaba en el campo nacional, en que nos sobraban los voluntarios españoles y en la que los nacionales se ofre-

cieron y se adelantaron a repatriar más de 10.000 voluntarios extranjeros, sin contrapartida por la parte roja, que tuvo ocasión de ver salir el propio secretario del Comité Internacional de No Intervención. Pero estas ayudas, que constituyen una gota de agua en medio de un océano, tan distantes ya del momento presente, tenían un mayor peso y trascendencia en aquellos momentos en que, obtenida la victoria y garantizado el orden, las naciones todas se apresuraron a reconocernos. Por ello, podemos motejar de bufa esa maliciosa alusión a los orígenes de nuestro régimen, que ha venido a constituir moneda de pago en las transacciones diplomáticas internacionales. (Muy bien. Muy bien).

Nos caracteriza el catolicismo

Otros intentan presentarnos ante el mundo como nazifascistas y antidemócratas. Si un día pudo no importarnos la confusión por el prestigio de que gozaban las naciones de esta clase de régimen ante el mundo, hoy, cuando se han arrojado sobre los vencidos tantos baldones de crueldad y de ignominia, es de justicia el destacar las muy distintas características de nuestro Estado.

Todos los sistemas de Gobierno encierran cosas buenas y medianas o malas; no todo en ellos es vituperable y es nefando. Por esto, se puede coincidir en unas cosas y repelerse en otras. España es un pueblo de gran temperamento y de características propias, en que sólo una minoría frívola y decadente acepta las modas o los patrones extranjeros. (Muy bien. Muchos aplausos).

El abismo y diferencia mayor entre nuestro sistema y el nazifascista es la característica de católico del régimen que hoy preside los destinos de España. Ni racismo, ni persecuciones religiosas, ni violencia sobre las conciencias, ni imperialismo sobre sus vecinos, ni la menor sombra de crueldad tienen cabida bajo el sentido espiritual y católico que preside toda nuestra vida. Precisamente por esta característica de nuestro régimen, España condena, más que ningún otro pueblo, los excesos y crímenes con que hoy se pretende caracterizar lo nazifascista, aunque, desgraciadamente rebase las fronteras de lo nazi para practicarse tanto o más bajo los sistemas comunistas. (Muy bien). Una cosa es que el español condene en todo su alcance los crímenes de los campos de judíos y de prisioneros en Europa que hoy se exteriorizan,

y otra que el español se preste a darle lanzadas a los muertos. (Muy bien).

Siempre que la pasión rebasa la justicia por no existir un sentido cristiano presidiendo las relaciones de los hombres, se registran esos actos crueles y monstruosos que hoy espantan al mundo y que nosotros conocimos, aunque en menor escala, en las "checas" y en las cárceles de la España roja. Dios libre a las naciones de estos eclipses del espíritu.

La malicia de los que quieren deducir del mantenimiento de unas relaciones de normalidad con los que fueron vencidos, una tácita aprobación a los errores que éstos cometiesen, no puede sostenerse. España no tenía motivos de rencor ni de pasiones contra Alemania. A través de la Historia, jamás fueron enemigas, y en momentos recientes de dificultades de nuestra Patria había tenido para nosotros atenciones y comprensión. Y si la política exterior de la nación germana hubiera sido más aguda y sensata, y no hubiera atravesado el pasillo polaco provocando la guerra, tal vez pudiera haber llegado a ser aliada de la Gran Bretaña, como parece haberse tratado en las relaciones de ésta por su embajador en Berlín. (Muy bien. Muy bien).

El concepto de la democracia

En cuanto a la calificación de antidemócratas, mucho tendríamos que hablar. Las formas, conceptos y matices que al correr de los años vienen definiendo a las democracias, varían con los caracteres y circunstancias políticas y económicas de cada pueblo. Mirando hacia el exterior, tampoco encontramos unidad en la interpretación de este vocablo, pues hay casi tantas democracias como países, viniendo a constituir para ellos una panacea que se interpreta en beneficio propio y que se niega al contrincante.

Nosotros rechazamos el monopolio que quiere ejercerse sobre este concepto para servir a cada particular malicia. Para nosotros tiene más importancia, lo que acentúa el valor de la personalidad humana, la plena valoración del individuo que la democracia formalista y gárrula que lo explota. A esa democracia convencional, nosotros oponemos una democracia católica y orgánica que dignifica y eleva al hombre, garantizándole sus derechos individuales y colectivos, que no admite su explotación por medio del cacicazgo y de los partidos políticos profesionales, sino que les abre cauce libre a través de las

hermandades, sindicatos, corporaciones y organismos provinciales y locales, en los que discurre su vida y en los que tiene pleno conocimiento. (Muy bien).

¿En qué cabeza humana cabe el que un concepto que arrastra más de veinte siglos de existencia tenga que estancarse e interpretarse en un momento dado de la vida política del mundo, precisamente en el más inestable, y, por si fuera poco, en una forma exclusiva y aconsejada desde fuera? Los consejos del exterior no suelen pecar de nobles y desinteresados. Es paradógico que se intente negar el título de democrática a una nación que vive y discurre bajo los principios de la fe católica, que impregna sus leyes de un hondo espíritu cristiano y organiza la vida a través de las actividades en que tradicionalmente ha discurrido la vida de nuestra nación, que tiene sus Cortes representativas, elegidas por sus municipios, sus sindicatos y sus hermandades; que ha establecido el referéndum directo de los españoles para decidir sobre los problemas de honda trascendencia, y, en cambio, se proclamen como democracias los países que suplantan la voluntad de sus electores; los que están gobernados por pandillas de expatriados indeseables, impuestos por la voluntad del invasor; los que persiguen a los apóstoles de la fe de Cristo, encarcelan, deportan y eliminan en la más grande de las impunidades y sin el menor sentido moral que presida sus actos. (Muy bien. Muy bien. Grandes aplausos). Nosotros no aceptamos esa democracia, que con tal de que aparentemente se cumpla la ley con todo se conforma. Para nosotros encubren una monstruosa servidumbre colectiva.

La práctica por un pueblo de los principios católicos en su Gobierno, le conduce indefectiblemente a la dignificación y a la elevación moral del hombre, que constituye la base más firme de la democracia. La igualdad de los hombres ante la ley y de las oportunidades para el progreso son de la más honda cepa cristiana. El derecho al trabajo es, asímismo, una de las bases de la vida católica. La seguridad social en las necesidades de la vida no se definirá nunca mejor que en aquel monumento social que levantó León XIII con su "Rerum Novarum".

Nuestra máxima garantía

En la crisis actual que el mundo sufre tiene una parte considerable el concepto materialista de la vida, que va arrastrando

al universo a la más grande de las catástrofes. Si la vida de los pueblos que provocaron la guerra y sus regímenes hubiera discurrido bajo los principios de una moral católica, no nos lamentaríamos hoy de la catástrofe que, ensangrentando el mundo, ha hundido a tantas naciones en la desesperación y en la miseria. Solamente el enunciado de que una nación es católica, de que su vida y su legislación discurren bajo los principios de la moral cristiana, constituye la más grande de las garantías para los actos políticos nacionales o internacionales que esa nación pueda llevar a cabo.

Los principios de la moral católica están universalmente aceptados. Lo que es injusto en el orden de lo católico, lo es bajo todos los principios de una sana moral. Aquella doctrina liberal que quiso reducir a la Iglesia a la práctica exclusiva de su culto en el interior de los templos, negándole su intervención y trascendencia a la vida general de los humanos, está en abierta pugna con el concepto de una nación católica y con la misión trascendente que a la Iglesia de Cristo corresponde. (Grandes aplausos). Poco tiene que hacer la Iglesia fuera de su misión evangelizadora y moralizadora, cuando la vida entera de un Estado discurre bajo los principios de la moral católica; pero cuando es, precisamente, el materialismo el que preside y la inmoralidad de las leyes o de las costumbres trasciende a la vida pública, constituyendo la sociedad un foco de corrupción y de desvío, es un imperativo para la Iglesia el llevar los principios de la moralidad y de la fe a todos los órdenes en que haya presidido el desvarío. Si de verdad queremos la paz y la hermandad entre los pueblos y los hombres, hemos de volver a la vida del espíritu y otorgar el máximum de libertades para la extensión y propagación del Evangelio.

Toda política mira el bien general de sus individuos, sacrificando el egoísmo y el interés particular al imperativo de un interés general. Por ello, si se trata de un pueblo en su totalidad o casi totalidad católico, el bien general residirá en lo que es norte y fin de la vida católica. Mirará al hombre como portador de valores eternos, ya que su destino sobrenatural es toda la razón de su existencia, sin que de ello pudieran lesionarse los no católicos, ya que los principios de una moral católica son yugo suave y llevadero para todos los mortales; si, por el contrario, se tratase de una nación con varias confesiones y grandes sectores laicos, se comprendería que el bien general se buscase en lo que es factor común a la gran mayoría de los nacionales, pero sin cohibir en lo

más mínimo la libertad de conciencia y la práctica de su misión a la Iglesia de Cristo, que, sin daño para nadie, sólo bienes reporta a la vida general de la nación. No serían, sin embargo, las mismas normas de Gobierno que hubieran de adoptarse en este caso que las que necesariamente han de presidir en las naciones católicas.

El Estado perfecto para nosotros es el Estado católico. No nos basta que un pueblo sea cristiano para que se cumplan los preceptos de una moral de este orden, son necesarias las leyes que mantengan el principio y que corrijan el abuso, que exista una moral indispensable en las alturas para que la ley se interprete y fielmente se cumpla. De todos son conocidos esos hombres que se tienen por buenos católicos, pero que, habituados a un siglo de liberalismo, de dejar hacer, de libertad para la explotación del hombre por el hombre, necesitan de la acción coactiva del Poder para el cumplimiento de sus deberes católico-sociales. De nada o de poco valdría el mero enunciado de esos deberes si no les acuciase la ley con el imperativo de su cumplimiento.

La diferencia entre la justicia católica y la justicia laica, y no digamos la atea, es tan grande, que existe entre ellas un verdadero abismo. La primera está presidida por una conciencia moral, la segunda es fría y sin corazón. Podría entre seres estrictamente rectos llegar la segunda a dar a cada uno lo justo, lo que le corresponde, pero esto no basta, pues el que nada mereciese, nada recibiría. Es necesaria la caridad, que dé incluso aquello a que no se tiene derecho, y ésto sólo puede existir en una justicia presidida por un concepto espiritual de la vida concebida bajo el imperio del Evangelio. Esta es la diferencia más honda entre la justicia social que nosotros practicamos y aquella otra que enuncian, pero que difícilmente practican, los otros pueblos no católicos de la tierra. (Muy bien, muy bien).

España ha dado un ejemplo de lo que puede la práctica de la doctrina católica. Con ella ha salvado la crisis más grande de su Historia y logrado, sin la menor ayuda ajena, su reconstrucción. El catolicismo constituye toda una manera entera de ser y de vivir, desconocida para los que no la practican.

El concepto de libertad

Se nos moteja de reaccionarios y de enemigos de la libertad, cuando no existe ninguna moderación mayor que lo católico, ni

una fuente de mejores libertades. El concepto de la libertad ha progresado grandemente. Hoy se imponen de manera acuciante como premisa de las viejas libertades civiles las dos libertades principales: la libertad contra la miseria y la libertad contra el terrorismo, sin las cuales es imposible la práctica de ninguna otra libertad. (Muy bien, muy bien).

Se presenta muchas veces en la nación una pugna en la interpretación de la libertad, el choque entre la libertad individual y libertad colectiva, el derecho del individuo ante el derecho de la colectividad, el del sector con el resto de la nación, y el bien general impone limitaciones aceptadas hoy universalmente.

Aceptado el principio del sacrificio del interés particular al interés general, no puede explicarse en forma alguna la aceptación de la huelga como instrumento coactivo para el logro de la justicia. Un Estado moderno ha de estar totalmente impregnado de un sentido de justicia social y ha de tener sus magistrados, sus instituciones y sus medios establecidos de arbitraje. No puede ser indiferente el que la producción se pierda o se merme, el que las industrias se arruinen o que la economía se menoscabe, el que la libertad de un sector ataque y dañe la libertad de toda la nación. La justicia por la mano es la ley de la selva, fenómeno de sociedades atrasadas, y no de la civilización. (Grandes aplausos).

Si se analiza nuestra legislación durante estos nueve años y las definiciones que a través de esta etapa hemos venido haciendo sobre los principios e imperativos de un orden social, vemos que, a pesar del vacío que el mundo intenta hacernos, hoy se admiten como un descubrimiento en los otros países. Definíamos nosotros la libertad contra la miseria, hace varios años, en la siguiente forma: que si los bienes, vida de toda una nación, estaban adscritos y comprometidos a su defensa, igual debían de utilizarse cuando lo exigiese el bien o la justicia social de sus individuos. Para nosotros, los bienes no quedaban adscritos a la guerra por el hecho en sí mismo de la guerra, sino por el servicio de la nación, que es el servicio y el bienestar de sus hijos. Y, sin embargo, no han pasado muchos años y España oyó de boca de un eminente tratadista social inglés las mismas o parecidas palabras. Y es que empieza a reconocerse en el mundo un nuevo Derecho, que es el Derecho social, que, quieran o no, se abrirá camino.

La política de las naciones ha de juzgarse por sus frutos y no por las especulaciones de la malicia política.

Dos modos de gobierno

Dos formas ha habido de gobernar los pueblos de que España es un elocuente ejemplo: bajo los principios espirituales de un orden católico, o bajo la indiferencia laica. Los frutos del primer sistema los tenemos en nuestro Siglo de Oro, inigualados por los de ningún otro pueblo; los del segundo, en los desdichados años de la República, que acabó avergonzando a España ante la faz del mundo.

La vida de la nación española ha sido tan intensa y pródiga en acontecimientos, que vale la pena el que, aunque sea ligeramente, recordemos los frutos que recogió España bajo el sistema liberal y parlamentario de partidos políticos, desde las Cortes de Cádiz, que elaboraron aquella Constitución inspirada en las ideas de la Revolución francesa, hasta el advenimiento del Movimiento nacional.

En el primer período, que va de las Cortes de Cádiz, en setiembre del año 1880, a la vuelta de Fernando VII, en marzo de 1814, España pasa por una guerra de la Independencia y tres Regencias, y en ella se promulga nuestra primera Constitución.

Del regreso de Fernando VII a su muerte, marzo de 1814 a setiembre de 1833, algo más de diez y nueve años, vivimos en constante lucha de absolutistas y liberales: seis años de absolutismo, con una represión antiliberal; tres de liberalismo, con una brutal persecución de absolutistas; diez de absolutismo moderado, hasta la Reina gobernadora, pleno de rebeliones y de continuos alzamientos; una guerra civil, que termina con una intervención armada del extranjero; se pierden la casi totalidad de nuestras posesiones en el mundo y se echan los cimientos de la guerra carlista.

En la siguiente etapa, de la muerte de Fernando VII al destronamiento de Isabel II, setiembre de 1833 a setiembre de 1868, la vida española no puede ser más agitada. En treinta y cinco años, 41 Gobiernos, dos guerras civiles, la primera de seis años; dos Regencias y una reina destronada; tres nuevas Constituciones, 15 sublevaciones militares, innumerables disturbios, repetidas matanzas de frailes, saqueos, represalias, persecuciones, un atentado contra la reina y dos levantamientos en Cuba. ¡Un verdadero paraíso! (Grandes aplausos).

Del destronamiento de Isabel II a don Alfonso XIII, algo menos de treinta y cuatro años: 27 Gobiernos, un rey extranjero

que dura dos años, una República que en once meses tiene cuatro Presidentes; una guerra civil de siete años (última guerra carlista); diversas revoluciones de carácter republicano, sublevaciones y cantonales; una guerra exterior con los Estados Unidos y la pérdida de los últimos restos de nuestro Imperio colonial; dos presidentes del Gobierno asesinados y dos nuevas Constituciones.

De la coronación de Alfonso XIII al 14 de abril de 1931, período en que España, arruinada y desangrada, arrastra una vida más tranquila, en los primeros veintiocho años, 29 Gobiernos, dos presidentes asesinados, tres atentados contra el rey, varios movimientos revolucionarios, un descalabro militar y proclamación de la Dictadura. Esta dura siete años, único paréntesis, con término de la guerra de Marruecos, de paz, de orden y de progreso. (Grandes aplausos, que duran largo rato). En el año que le sucede, dos Gobiernos, que terminan en el destronamiento del rey y el hundimiento de nuestra Monarquía secular.

Balance de la República

La República, que va de abril de 1931 a julio de 1936, compendia todas las alteraciones, revoluciones y anarquía de todas las épocas anteriores. En poco más de cinco años hubo dos presidentes, doce Gobiernos, una Constitución constantemente suspendida, repetidos incendios de conventos e iglesias y persecuciones religiosas; siete intensos movimientos de perturbación del orden público, una revolución comunista, el intento de separación de dos regiones y el asesinato por orden del Gobierno del jefe de la oposición. (Muy bien, muy bien. Grandes y prolongados aplausos). El balance no puede ser más desdichado. Si para otros puede constituir el régimen democrático, inorgánico y de partidos una felicidad o, al menos, un sistema llevadero, ya se ve lo que para España constituyó y lo que ha representado a través de la Historia lo que hoy, sin derecho y con torpeza, se le ofrece.

Y es precisamente hoy, en que, fracasadas las doctrinas materialistas en el exterior, se empieza a sentir un anhelo y una sed de espíritu, cuando se unen las voces de los sectarios materialistas y enemigos de la fe de Cristo para intentar turbar la paz de una nación que se ha orientado por los caminos de la verdad y de la justicia. (Muy bien).

Indispensable espíritu de unidad

No todos los pueblos son iguales ni les pueden ser de aplicación los mismos sistemas. El carácter individual de los españoles conduce frecuentemente al egoísmo y a la anarquía. Por ello, el espíritu de unidad y el mantenimiento de la disciplina es más indispensable y no puede lograrse por los mismos medios y procedimientos que en aquellos otros pueblos por carácter más propensos a la organización y a la obediencia, como no se sostiene lo mismo la disciplina en una legión constituída por cabezas duras y hombres de acción que en un Cuerpo nutrido por los que trae a filas el alistamiento forzoso.

En esta última etapa de la vida del mundo, la inhibición que el sistema liberal ha asentado y que el capitalismo y el materialismo tan hábilmente explotado fueron causa de que a los progresos técnicos y materiales que el mundo ha tenido no les hayan seguido los progresos morales que nos hubieran llevado a una más justa y equitativa distribución de la riqueza. Se multiplican los bienes, se multiplican los hombres, y éstos cada vez más miserables. Si podemos decir que al gran siglo liberal le debemos en gran escala la multiplicación de los bienes, podemos también en justicia achacarle la multiplicación de las miserias.

Nadie puede negar que vivimos en período de transición en la vida política del mundo, que la guerra ha precipitado, que se ha creado un nuevo clima y necesidades a las que han de subordinarse las instituciones políticas, que el empeñarse en perpetuar lo que ayer estaba inservible y agotado, sin transformarlo con arreglo a las necesidades modernas, arrastrará indefectiblemente a situaciones de anarquía y de violencia, y que en esta coyuntura las ansias de justicia social que a las masas alientan son explotadas con ventaja por los constantes empresarios de la lucha de clases.

Con la guerra se han perdido los márgenes en recursos que las naciones poseían, y sus Gobiernos han de ser más técnicos, más justos y más ordenados. El problema de lograr la posesión de las mercancías requeridas para el uso de la población impone fiscalizaciones e intervenciones del Estado en la marcha general de las industrias o en la ordenación de los cultivos, que obligan a limitaciones y dificultades, condicionando la libertad productora y del comercio. Conforme la población aumenta y las dificultades del mundo se multiplican, la intervención se acepta como más imperiosa y necesaria. Por ello, en el sistema político de los pueblos

tiene que pesar esta circunstancia e intervenir las organizaciones naturales, industriales o agrícolas para que todas las actividades de la nación contribuyan directamente a la resolución más perfecta y menos onerosa de los problemas planteados.

Si la vida de la nación siguiese discurriendo por los cauces viejos, para nosotros fracasados, del último siglo, podríamos dar una momentánea sensación de libertad, pero para caer en la más grande e intensa de las catástrofes. Una cosa es que el Estado camine hacia una política de libertad y de mayores márgenes, que libere en todo lo posible al productor de las intervenciones, y otra sería que, cerrando los ojos a la realidad, a la existencia de un imperativo que viene acuciando a todos los pueblos del universo, abandonásemos lo que es norte y guía de toda política, que es el mantenimiento de la nación y el bien general de los administrados. (Muy bien).

Nuestra transformación política

El mundo no se ha apercibido de que en estos diez años España ha sufrido una honda e inteligente transformación política, que lo mismo que en el orden económico los españoles han aprendido por dura experiencia a mirar al cielo y pensar en las lluvias fecundadoras, en el estado de sus pantanos o en las dificultades de su transporte, así en el orden político los daños recibidos por el pueblo español a través de los últimos años fueron tan grandes y tan profundos, que el país ha despertado de su atonía política pasada con un sentido inteligente y claro, que le hace vigilar y defender la paz y el orden político logrados. (Muy bien. Grandes aplausos). El último intenso período político vivido ha despertado y desarrollado la conciencia política de nuestras distintas clases, y hoy saben de sobra los españoles dónde están sus propios intereses y dónde el servicio de la nación.

Ese espíritu de servicio con que nosotros hemos definido la vida ya empieza en el mundo a abrirse paso, y no somos sólo los españoles los que discurrimos bajo este concepto, privando sobre el interés particular el servicio de la comunidad.

El fenómeno de apatía, de indiferencia y de desprecio a la cosa pública que el sistema liberal y parlamentario había producido en nuestra Patria hace unos años se señala hoy en otros países europeos. La abstención y la indiferencia embargan todavía más a las clases medias e intelectuales que constituían las clases direc-

toras, y no es la falta del conocimiento del deber que les corresponde en la actuación política, sino el convencimiento íntimo de su ineficacia.

¿Pueden darse síntomas de más desmoralización que éstos dentro de un sistema? Unas veces es el hombre inteligente el que se rebela al ver perderse su voto ante la masa de la gente inculta, otra es la masa la que se descorazona al dar su voto para verse inmediatamente suplantada. Y así se forma esa falta de fe y de esperanza que llega, como en la nación vecina, a hacer de la emigración el ideal de toda una juventud desencantada. (Muy bien).

Fe católica; justicia social

Persiste en el mundo un viejo concepto de derechas e izquierdas por nosotros superado. Nosotros hemos lanzado por la borda hace diez años esas viejas clasificaciones. Aceptamos de la derecha lo que es permanente e inalienable: el mantenimiento de nuestra fe católica, el servicio a la grandeza de la Patria y la conservación de los principios del progreso económico. Lo demás lo rechazamos por viejo y atrasado. (Muy bien. Muchos aplausos). Propugnamos, por otra parte, la justicia social más amplia, generosa y justa que hayan reivindicado jamás ninguno de los movimientos políticos y sociales que acaudillaban las izquierdas. La tabla de derechos, para nosotros, del ser humano supera a cuanto puedan encerrar los programas materialistas más avanzados, pues a los bienes materiales unimos la dignificación del individuo y los más pródigos bienes espirituales.

Nuestra política no engaña: es clara y es sincera y está abierta a todas las mejoras y perfeccionamientos, a recoger del mundo internacional cuanto represente una enseñanza, un progreso o un bien para los humanos; pero tenemos demasiada experiencia para aceptar aquello que en la Historia representó nuestra destrucción o nuestra ruina (Muy bien), y el paraíso que contemplamos en la casa ajena no creo ponga por hoy en tentación a nadie. (Grandes y prolongados aplausos).

A la reunión de los hombres en grupos heterogéneos que bastardean toda política (el reciente plebiscito francés es un ejemplo) nosotros los sustituímos por los naturales y tradicionales en la sociedad. Vamos a ver por qué:

Los juicios políticos

En los juicios políticos de los hombres pesan de una manera decisiva las actividades en que la persona se desenvuelve. Si juzgamos de un semejante, y es un militar el que emite el juicio, los servicios a la Patria, la corrección, las dotes de mando, el sentimiento de disciplina, la forma de garantizar el orden, etc., etc., sin notarlo siquiera, presiden su juicio; si del gobierno de la nación se ocupa, es la preparación de su defensa lo que más le interesa, y acaba constituyendo la base del parecer. Si se trata de sacerdotes o de religiosos, es la moralidad pública, la libertad para la práctica de la fe, la atención que se presta a los menesterosos y el sentido católico de las leyes lo que preside sobre las otras consideraciones. Si son industriales los que enjuician, la grandeza y prosperidad de la nación suelen verla a través de la paz social y del aumento del nivel de vida, que repercute en la producción y en el desenvolvimiento de los negocios. Si es el intelectual el que opina, es el progreso de la nación en el orden de la cultura y de la ciencia el que más parece interesarle. Si nos asomamos al agro, son la valoración y estabilidad de los precios, el crédito agrícola, el sistema de arriendos, el suministro de abonos, la selección de simientes o la especialización agrícola, entre otras muchas, el termómetro con que miden la temperatura política. Si son las masas trabajadoras las que opinan, los problemas de la justicia, de la ordenación y de la seguridad social, con los de alimentación y vestuario, son los que imperan sobre los otros.

Y si esto es tan claro, ¿por qué empeñarse en organizar a los hombres en formas heterogéneas e inorgánicas, en contra de sus afinidades y sus sentimientos naturales? (Muy bien).

Voto inteligente y voto ciego

Precisamente los que defienden el viejo sistema, el voto inteligente lo suplantan por el voto ciego, en que se pierde en la masa heterogénea de los sufragios, lo que facilita las oligarquías y la profesionalidad en la política. No se quiere la voluntad de una nación, sino la explotación de esa voluntad; no el interés de los sectores de la nación, sino el de las minorías gobernantes de los partidos. Pero, ¿qué voy a deciros, si el pueblo católico de España creyó, cándido, que se le ofrecía una República de San Vicente Ferrer, y se le sirvió la más laica, materialista y masónica que,

según propia definición, ha existido? (Gran ovación, que dura largo rato). Y a las clases trabajadoras se les habló de la justicia y del gobierno para el pueblo, para acabar en cierre de fábricas, en ruina de campos, en masas ingentes de parados y en automóviles suntuosos en que los líderes socialistas salpicaban de barro a sus viejos camaradas. (Muy bien, muy bien).

¡Muy inocentes tienen que ser las gentes de fuera para que crean que puedan representar ya nada en España los que presidieron aquellos años malditos de nuestra vida pública! (Grandes aplausos).

Fortaleza del régimen

Las campañas y maquinaciones movidas por el exterior han puesto al descubierto la unidad y la fortaleza del régimen español. Estas campañas han servido para desprestigiar a los ojos españoles a las propagandas extranjeras, pues si uno hechos públicos, que están a la vista de toda clase de informadores extranjeros, con plena libertad de información, se cambian en otros totalmente falsos y calumniosos, ¿qué confianza pueden ya ofrecer las informaciones extrañas a los ojos de los que han visto desfigurar sus propias realidades? (Grandes aplausos y vítores al Caudillo). Hay, sin embargo, en el exterior quienes, impresionados por esas propagandas, creen que España vive al margen de las instituciones públicas o que caminamos despacio en la constitución y perfeccionamiento de nuestro régimen, cuando en el interior se juzga muchas veces que marchamos demasiado de prisa.

Existe un hecho real hoy en la vida de nuestra nación: la pugna entre nuestra realidad interior y el engañoso concepto que en el exterior se tiene de nuestras cosas.

La evolución histórica de las naciones tiene una velocidad propia que no puede forzarse, y cuando se trata de pueblos que acaban de sufrir una guerra interior, su evolución tiene que ser más prudente, sin que quepa el precipitar etapas. En esto ha de obrarse siempre por interés y estímulos propios, y nunca por la voluntad o la acción ajenas. (Muy bien, muy bien).

La acción exterior sobre el orden político suele ser contraproducente. Es el fenómeno de cuando uno marcha y se le empuja, no por ello marcha más de prisa; el primer movimiento es el de pararse y aun el de volverse. (Grandes aplausos). El orden político

pertenece a lo privativo de cada pueblo. ¡Interior del hogar colectivo, tan sagrado o más que el familiar!

Ante todo, una base firme

En este afán extraño de mezclarse en las interioridades ajenas se ha intentado crear al régimen español un concepto de provisionalidad o de falta de estabilidad para pretender impresionar a los elementos temorosos o intelectualmente débiles. La estabilidad no es un hecho que encarnen las personas, sino consecuencia de la permanencia de la asistencia pública lograda por la fortaleza de las instituciones y la confianza y sentimiento general de la nación. (Muy bien).

Vosotros visteis una Monarquía secular sucumbir por unas elecciones municipales deslucidas solamente en las grandes capitales. Ni lo secular de la institución, ni el logro de una mayoría favorable en la totalidad de los sufragios permitieron superar el hecho de la debilidad a que había llegado la institución bajo aquel sistema. Salió a la luz en aquel momento la falta de unidad en el sentimiento público y la ausencia de fe en quienes nos regían.

No hay estabilidad sin la unidad en la asistencia pública. Por ello, lo primero para buscar fórmulas estables es asegurar la unidad en la asistencia del pueblo. Como tantas veces he dicho, lo interesante para nosotros no es el continente, sino el contenido. Los edificios se levantan de abajo a arriba y no de arriba a abajo, y en ellos lo que no puede fallar es el cimiento, la base, sin la que lo demás muy pronto se derrumbaría. (Muy bien).

Este es el caso nuestro: afirmar la base para levantar el edificio, pero que éste sea firme e inconmovible, y llegado el momento, cuando nadie nos empuje y nada pueda destruir el edificio levantado ni poner en peligro lo que a tanta costa se ha alcanzado, yo traeré a vuestra deliberación las líneas finales de la coronación del edificio, para que vosotros elaboréis y la nación decida, sin el menor peligro para lo conquistado con tantos esfuerzos. (Grandes y prolongados aplausos y gritos de "¡Franco, Franco, Franco!").

Masonería y comunismo

Los dos grandes pecados de España son: el haber suprimido la masonería que la traicionaba y el haber batido al comunismo en nuestro territorio. (Muy bien). Estos dos frentes, el del secta-

rismo occidental y del comunismo asiático, son los que promueven, alientan y sostienen en el exterior las campañas contra nuestra Patria. En la lucha encarnizada que ambos bandos sostienen entre sí, sólo en una cosa existe unanimidad: en hostilizar y en calumniar a España. Habíamos de renunciar a nuestra independencia y soberanía o de entregarnos a la anarquía y a la demagogia si quisiéramos que se apagase el ruido de esas campañas. (Muy bien).

Este es el gran secreto de las propagandas contra nosotros, que cuidadosamente se guarda; la razón de ser de todas esas maquinaciones del mundo internacional, incluso contra la voluntad de sus propios pueblos; el alma de las censuras y las maquinaciones en asambleas y comités, sólo frenado cuando se interpone el interés supremo de cada pueblo; y éste es también el talismán que manejan esos desdichados criminales de nuestra guerra y la única justificación de la punible tolerancia que los medios internacionales les ofrecen. No cabía paz, orden, progreso ni resurgimiento de España sin la extirpación de estos males. (Muy bien).

El anticomunismo español no es un capricho, sino una necesidad. No nos ocuparíamos de él si hubiese permanecido o permaneciese dentro de sus fronteras y no se proyectase al exterior maquinando contra la paz de los otros pueblos, si no destruyese la fidelidad a las naciones de sus naturales, convirtiéndolos de hecho en súbditos verdaderos de la nación soviética. (Muy bien).

Puede el comunismo todavía engañar a aquellos pueblos que no le conocen y que no han experimentado sus "checas" y sus procedimientos; pero para los que, en mayor o menor escala, han sufrido sus revoluciones, sus actos de terrorismo y sus martirios, engaña ya a pocos, pues los que le conocieron quedan completamente vacunados contra el mal.

Esta tribulación que Europa sufre, a nosotros no nos sorprende, pues sabíamos había de acompañar al triunfo de las armas bolcheviques. Pero no por esperada deja de impresionar profundamente a un pueblo católico como es el español. Sólo un mundo insensible y materializado puede ante ello permanecer indiferente, pero los pueblos sensibles y católicos del universo están obligados a condenar y pedir que cesen las persecuciones y maquinaciones contra la ley de Dios y los creyentes, que el comunismo preside y desata por toda Europa (Muchos aplausos).

Los males del comunismo son más hondos de cuanto los pueblos que no lo han vivido pueden imaginarse. La frivolidad de la vida moderna, en que se vive a prisa y superficialmente, hace que

periódicamente los pueblos se sorprendan por los efectos desastrosos de ese mal.

Planes comunistas

El comunismo lleva más de veinticinco años trabajando por la bolchevización universal. Existe por el mundo dispersa documentación suficiente de las actas y congresos del Komintern, con su táctica de violencias y su secuela de revoluciones y actos terroristas. Un acta, sin embargo, acusa marcadísimo interés, es la del Congreso del año 1935, en que el comunismo cambió su táctica de violencia por la de colaboración y desencadenamiento de la revolución desde el Poder. En ella se decretaron los Frentes Populares, que habrían de constituir el primer escalón en el ascenso del comunismo. La nación española fué la primera en cumplir el mandato. La filtración en las organizaciones obreras, universitarias, estudiantiles, de todo orden, habían de facilitar la maniobra, suprimiendo la resistencia de los otros elementos a la absorción.

En aquellas sesiones se señalaron claramente los objetivos: España, la India, los países coloniales, las naciones sudamericanas. Lo que pasó después no debiera ser una sorpresa para nadie; estaba claramente definido y escrito.

La modificación que el comunismo viene sufriendo en los últimos años en la nación soviética, no ha quitado gravedad al peligro. El comunismo de exportación viene siendo el mismo, pero con más medios para su expansión.

La supresión del Komintern fué sólo un sacrificio aparente para limar recelos en los pueblos aliados. El Nacional - Nostel sustituyó con las mismas organizaciones y personas al Komintern, aparentemente disuelto. Ante los camaradas de otros países se le tituló "Servicio de compañerismo exterior", pero continuó la misma dirección y los mismos objetivos de bolchevización progresiva universal. La democracia es para el comunismo sólo una puerta para poder entrar. No constituye un ideal ni un fin, sino un medio que se acepta por cuanto favorece el juego, y el juego sigue hoy, después de la victoria, con mayor energía y mayores medios que lo fué ayer. (Muy bien).

Torpeza de Occidente

El Occidente, torpemente, le va abriendo sus puertas. El hecho

más grave en este orden, que ha tenido lugar en el último año, después de la victoria, lo constituyó el Congreso sindical celebrado en París, donde a bombo y platillo se erigieron los soviets en dueños y señores de las organizaciones obreras del mundo. Los representantes que acudieron a la reunión, no obstante sus filiaciones marxistas, se revelaron en el Congreso como agentes obedientes a las órdenes soviéticas (la obra de captación de los dirigentes obreros en el mundo había dado su fruto). Sólo la representación inglesa de las Trade Unions constituyó una excepción en la Asamblea, por su moderación y buen sentido; pero no se vió libre de la agresión y del insulto de fascistas de la mayoría acaudillada por los soviets. (Muy bien). El que no estuviera en ella la Confederación del Trabajo americana, y si la C. I. O., no resta importancia al hecho de que los sindicatos soviéticos acabasen controlando el arma internacional sindicalista, al adjudicarse ocho de los once puestos a representantes controlados de hecho o de derecho por Moscú. Al entrar por primera vez desde el año 1918 los sindicatos oficiales soviéticos en las organizaciones sindicales internacionales, lo hacen por la puerta grande como dueños y señores. No podían menos de seguirle las huelgas y los conflictos obreros y movimientos subversivos en muchos lugares del Universo.

El comunismo prepara conscientemente sus etapas y las ejecuta con sujeción a un plan; es el único que parece saber a dónde va. Por conocerlo y rechazarlo constituímos para él una obsesión. Las preferencias que la prensa y radio a su servicio nos prodigan no pueden ser más lógicas; pero lo que no es lógico, ni tiene sentido, es que los otros puedan bailar al son de su pandero. (Muy bien).

Si el comunismo un día pudo representar un movimiento universal de los proletarios, que exaltaba su anhelo y su sed de justicia, hoy constituye, después de veinticinco años de fracaso, un imperialismo más entre los muchos que el mundo ha padecido.

El comunismo prepara su "quinta columna" para el momento que llegue la gran noche que pronosticó Lenin. En los países comunistas, por contraste, ni se promueven conflictos sociales, ni se permiten huelgas, ni la menor influencia externa sobre los naturales. Son sólo el artículo de exportación que se ofrece a la felicidad del mundo.

Una cosa es la justicia social, señuelo con el que se intenta engañar y captar a las masas, y otra, muy distinta, la realidad

que el comunismo en la situación actual del mundo entraña. Una cosa es lo que ofrece, y otra, totalmente contraria, lo que se sirve.

El comunismo no es solución

El comunismo no puede resolver la mejora del nivel de vida de los humanos, porque su propia doctrina materialista está en abierta pugna con lo que constituye la base del progreso económico, y el comunismo ha fracasado en este empeño, lo mismo que fracasará todo sistema que tenga por base doctrinal la negación del derecho de propiedad, de la iniciativa privada y del respeto al capital constituído por el ahorro, principios básicos para la multiplicación de los bienes.

Una cosa es que al lado de los derechos de propiedad existan unos correlativos deberes, y otra que se destruya lo que constituye el único estímulo para el trabajo y para la creación de fuentes de riqueza.

Si negando la iniciativa privada se intentase sustituirla por la estatal, se cegaría la fuente más fecunda del progreso. El Estado podrá estimular, ordenar y, en algún caso, sustituir en materia determinada a aquella iniciativa, pero jamás el reemplazarla por una burocracia fría e inoperante. (Muy bien).

Si fuese el capital el atacado, ¿cómo financiar, levantar créditos, despertar confianza, pagar salarios, girar letras y llevar a cabo las operaciones crediticias y de pagos que la práctica económica ha venido perfeccionando en los últimos siglos? Pero no necesitamos especular sobre estas verdades. El ejemplo lo tenemos claro y elocuente en ese inmenso y rico país que rige el comunismo. Nadie podrá negarle ni su riqueza, ni lo dilatado de su territorio, ni el tiempo que ha tenido para perfeccionar su sistema, ni la mansedumbre con que ha sido asistido y soportado por su pueblo, y, sin embargo, al asomarse al mundo, se ha quedado deslumbrado por el nivel de vida y civilización que disfrutaban los otros países, bajo los calumniados regímenes, más o menos burgueses, que los rigieron.

Grandes acererías, fábricas ingentes de cañones, de tanques, lo que forman gigantesco arsenal para la guerra, es todo el haber de veinticinco años de bolchevización.

Había de satisfacer el comunismo en el orden material el anhelo de justicia de las masas populares, y había de merecernos censura, sin embargo, su concepto materialista de la vida, esa nega-

ción sistemática de cuanto justifica la presencia del hombre sobre la tierra.

Verdadero interés por las clases trabajadoras

El hombre no sólo vive de pan y de materia, sino del espíritu, de la moral y de las ilusiones, que hay que estimular y satisfacer. No es el odio y el rencor su natural, sino el amor y la amistad.

Nosotros separamos el verdadero interés de las clases obreras y trabajadoras y el de sus explotadores profesionales. La balanza de pérdidas y ganancias para las clases trabajadoras bajo el imperio de la doctrina marxista no pudo ser más desfavorable. Y es que, amenazados o destruídos los principios del progreso económico, cohibida la economía, amedrentado y menoscabado el capital, y no digamos si el desorden asoma, se va indefectiblemente al paro, al cierre, a la falta de créditos y a la miseria, y el nivel de vida baja considerablemente, como sucedió bajo el régimen republicano en aquel "imperio del fango, la sangre y las lágrimas", con que uno de los más destacados jefes lo bautizó. (Muy bien). Bajo él, roto el dique de la sensatez y de la convivencia, el comunismo, como más violento, se adueñó de la dirección de la nación, y el interés extraño de los soviets primó sobre el que pudieran tener las organizaciones españolas.

La característica más importante del estado de España al ocurrir nuestra Cruzada, era su atraso económico social, por eso, nuestro Movimiento, entre otros muchos servicios prestados a la nación, vino a despertar en toda ella la conciencia de lo social y el imperativo de la justicia.

Este atraso social acumulado en un siglo no puede, desde luego, resolverse en unos días, ni menos en una situación de guerra y de limitaciones como las pasadas. No obstante esta circunstancia, los esfuerzos hechos por el régimen español han sido tantos y sus realizaciones en el campo de lo social de tal magnitud, que no admiten comparación no ya con lo que en España en ninguna época se haya hecho, sino con lo realizado por ningún Gobierno en el extranjero en este orden. Sin embargo, puede decirse que solamente hemos iniciado nuestra obra, creando instrumentos, ensayándolos, perfeccionándolos y atendiendo a la necesidad imperiosa de cada hora.

Fortalecimiento de nuestra economía

Hemos demostrado que conocemos el mal y que sabemos resolverlo, que nuestro Movimiento tiene una base filosófica y moral, y que posee soluciones dentro de un orden católicosocial concebido en su conjunto.

No cabe transformación en el orden social si no se basa en una ordenación y fortaleza económica. Esta es la realidad de la tarea de nuestros días.

España crece. Ha superado en sus estadísticas los 28 millones de habitantes. En el último año la mortalidad de la nación ha registrado la cifra más baja de toda nuestra Historia, y la más baja también entre todos los países europeos, al alcanzar solamente un 12 por 1.000. Esta circunstancia de nuestro crecimiento demográfico, tan halagüeña, encierra en sí múltiples obligaciones en orden a la producción y al desarrollo económico de la nación. Si, por otra parte, aumentamos el nivel de vida de sectores tan importantes de la nación, como es el de esas clases sacrificadas, que apenas consumían, se traducirá indefectiblemente en un aumento de la demanda de artículos para el consumo, y, en consecuencia, del transporte, del vestuario, de la electricidad, del carbón, del acero, del cemento, de los materiales de construcción, con la secuela de un aumento en la importación de la gasolina, del algodón, de los camiones, de los abonos, del tabaco, la madera y otras materias primas de que somos tributarios del exterior.

A aquella consigna de la primera hora de la postguerra de producir, producir y producir, han acompañado en todos estos años las inquietudes de mis Gobiernos por la resolución de estos problemas de carácter económico, que, no obstante la guerra universal que todo lo dificultaba, han sido estudiados y planteados, y muchos puestos en camino de solución.

El problema es mucho más arduo de lo que la generalidad de los españoles se figuran. No sólo necesitamos el cubrir un bache de más de un siglo de abandono, sino también satisfacer lo que nuestra Revolución justiciera y niveladora demanda. Por ello, al compás que trabajamos intensamente en la resolución de los problemas técnicos de la producción, se ha iniciado en todas las provincias españolas el estudio de la ordenación económico-social, que nos permita llevar a cabo los planes generales que en este orden España demanda.

Grandes obras hidráulicas, eléctricas y de regadío, amplios pla-

nes de colonización y de parcelación de fincas, grandes proyectos de nuestras industrias, de ampliación de nuestra minería, de aumento de nuestra flota, de repoblaciones forestales y de puesta de tierras en regadío, están en período de empezar a rendir sus frutos y facilitarán esta tarea de suprimir totalmente el paro y de mejorar y asegurar el nivel de vida anunciado a principios de 1937, cumpliendo aquellas promesas de primera hora de: "Ni un hogar sin lumbre, ni una familia sin pan".

Hemos de llevar el sentido de esta revolución nacional a pueblos y ciudades, al campo y al suburbio, necesitamos ordenar y transformar España espiritual y socialmente, y esto comprenderéis no se conseguiría jamás dejando vegetar a nuestra honrada burocracia, ni menos bajo los banderines de grupos y partidos que a través de un siglo han venido esterilizando toda labor.

Yo puedo aseguraros que la situación económico-social de España no admite espera, y el desgobierno de tantos años nos presentaba los problemas con caracteres de catástrofe. El despojo del oro y de las riquezas españolas por aquellos malvados, que, tras saquear nuestras arcas, traicionaron a sus huestes, agravó la situación, disminuyendo las posibilidades adquisitivas de nuestra nación, que ha tenido que resurgir por su propio esfuerzo y sin la menor ayuda de los extraños. Sólo la ordenación, la constancia, el trabajo en orden y en paz, como el que seguimos, sin malgastar el tiempo en luchas intestinas, permitirán a España el superar todas las crisis y el realizar, con su grandeza y su bienestar económico, esa justicia y esa paz social que es el anhelo de cuantos aman intensamente a España.

Política exterior

Si la política de España en el interior fué y es la única que podía ser y que conviene a la nación, lo mismo ocurre con su política exterior durante estos diez años. Es la política internacional materia delicada para llevarla al ruedo de las discusiones públicas, sobre todo cuando el mundo aparece movido y alterado. Si debe ser pública la determinación de sus grandes líneas, es materia reservada a la responsabilidad de los Gobiernos las modalidades e incidencias de cada hora. La prudencia en esta materia era hasta hoy reconocida como obligada. Sin embargo, esta desdichada contienda ha puesto de moda unos nuevos modos diplomáticos al entregar a las pasiones públicas lo que hasta ahora pertenecía al se-

creto de los archivos, lo que viene siendo explotado en un afán sensacionalista por los órganos de opinión, que obliga a los afectados a esclarecer ante sus pueblos los matices y fundamentos de su política.

La política exterior de una nación ha de juzgarse, lo mismo que la interior, por los bienes y ventajas que a la nación ofrezca, y no por el juicio y conveniencia de los extraños, en pugna muchas veces con los intereses nacionales. (Grandes y prolongados aplausos).

Vale la pena que examinemos nuestras relaciones con el exterior desde los principios de nuestra Cruzada. En España se ventilaba un problema propio y no un problema extraño, un problema de ser o no ser para todos los españoles. Ni nuestro Movimiento tenía la menor relación ni concomitancia con el exterior ni servía en ningún momento al interés ajeno. (Muy bien).

Al iniciarse nuestra contienda dimos noticia cortés de nuestros propósitos a nuestros vecinos inmediatos. Así lo hice desde Tetuán con la Zona de protectorado vecina y por medio del Campo de Algeciras con el jefe de la fortaleza británica.

Un avión particular de propiedad inglesa fué el que me trajo en vuelo al continente, y con Inglaterra se hicieron las primeras gestiones de compra de aquel material indispensable a nuestras momentáneas necesidades. (Muy bien).

El que España haya encontrado más o menos facilidades en unas naciones que en otras no tuerce en lo más mínimo la rectitud e independencia de nuestro Movimiento. (Aplausos).

Durante toda nuestra Cruzada hemos evitado por todos los medios el que se pudieran crear situaciones de violencia ni roces graves con los distintos países europeos con los que había tradicionalmente mantenido relaciones de cordialidad. Y muchas veces no dando estado a hechos y olvidando agravios, cediendo incluso de nuestro derecho, mantuvimos una política amistosa y de buena vecindad con unos y con otros. (Muy bien. Grandes aplausos).

Ni un solo compromiso ni obligación para el futuro adquirió España durante el tiempo que duró su guerra de liberación, y resistió, tanto en el orden político como en el económico, todos los lazos e insinuaciones que pudieron hacérsele. El que la actitud y simpatía adoptadas por otros pueblos al margen de nuestras propias intenciones produjesen en España los correspondientes movimientos de agradecimiento y simpatía, no estorbaron a nuestra relación cortés y amistosa con las otras naciones. (Muy bien).

Un hecho ocurrió durante este tiempo de la Cruzada que constituyó un jalón en el camino de la neutralidad española, que fué la declaración que España hizo, cuando la tensión de Munich, de su deseo y aspiración de permanecer neutral si entre las naciones de Europa ocurría una situación de guerra. (Muy bien. Grandes aplausos).

Terminada nuestra contienda, y desaparecido lo que pudo haber sido una causa de choque de intereses y de fricción, España reanudó la relación con todas las naciones, excepto dos: aquella con quien nunca había tenido relaciones desde la guerra de 1918 y la nación de Méjico, que, aunque ocupando un lugar preeminente en el corazón de los españoles, unidos a ella por tantos vínculos de la sangre, de fe, de idioma y simpatía, su Gobierno había protegido la llegada y en su territorio se detentaba el tesoro de nuestra nación, constituído por el oro, alhajas y piedras preciosas extraídos de nuestros Bancos o expoliados en nuestros templos. Fué condición previa, exigida al reconocimiento, para esta nación su devolución: el que se restableciese y satisficiese a la nación española en lo que consideraba el más elemental de los derechos. (Grandes y prolongados aplausos y vítores al Generalísimo).

El hecho de haber surgido la guerra universal sin haberse concretado un acuerdo, y la influencia que el tesoro ejerció en la corrupción y compra de conciencias fueron la causa de que se prolongase una situación que España ha sido la primera en lamentar.

España no quiso la guerra

La guerra universal vino a nuestro pesar. España no quería la guerra, conocía lo que la guerra entrañaba y habría de traer e hicimos todo cuanto en nuestra modesta esfera podíamos para evitar su declaración. Sabíamos que cuando los pueblos se deciden a resolver sus problemas por el camino de las armas, toda consideración se subordina a ese interés principal, que es el de ganar la guerra, que siempre acaba violando tratados, atropellando derechos e invadiendo pueblos si aquella razón suprema se lo impone.

Conocíamos también y apreciábamos en su valor la debilidad de las fronteras naturales polacas ante la potencia y fortaleza de sus vecinos, y desde el primer momento presentíamos el reparto de sus territorios, que, roto ya el frente polaco, intentamos evitar con una gestión diplomática rápida que cayó en el más grande de

los vacíos. El hecho que presentíamos se consumó, y la católica Polonia comenzó su martirio. (Muy bien).

Es paradójico que el pueblo que por católico compartió más el dolor de la noble nación polaca constituya hoy el blanco de las fobias de su Gobierno comunista. (Grandes aplausos, que duran largo rato). En las cancillerías de los principales países ha quedado rastro de nuestras notas y telegramas que reflejan los esfuerzos en aquellos momentos de la nación española.

En esta y en las siguientes etapas de la guerra, España guardó una estricta neutralidad ante la contienda que enfrentaba a los pueblos civilizados de Europa, con los que mantenía relaciones. Contrasta esta actitud neutral y correctísima de la nación española hacia los beligerantes, con los acuerdos y pactos firmados por Alemania y su vecino del Este, que produjeron en los ámbitos españoles una dolorosa impresión. Pacto del Este que facilitó a Alemania su victoria resonante en tierras de Francia. (Muy bien, muy bien).

Cuando Italia nos anunció su propósito de intervenir en la guerra, nuevamente interponemos nuestro consejo, tratando de evitar lo inevitable. Nuestro acto fué agradecido; pero los intereses y perspectivas de triunfo de aquella hora pudieron más que nuestras razones.

Fuimos neutrales gracias a nuestra firmeza

Conforme la guerra avanzaba, la situación se hacía más difícil. No es fácil la vida de los neutrales cuando la lucha es entre las naciones más poderosas. Sólo la consideración de echarse enfrente un nuevo enemigo contiene a los beligerantes en sus proyectos. El respeto al derecho de los neutrales no es un regalo que suele hacérseles, sino un respeto que el propio país se gana con su prudencia, su firmeza y el peso de su propio poder. (Grandes aplausos). No basta amar la paz, sino que hace falta el poder defenderla. Quizá por habernos rondado tantos peligros y haber tenido la suficiente serenidad y fortaleza para vencerlos, podemos comprender hoy mejor la tragedia de esos otros países de Europa, que, sin querer la guerra, se vieron forzados a ella, y cuyos hombres de gobierno creyeron elegir el mal menor para su Patria, y hoy sufren la injusticia y la persecución del comunismo victorioso. Yo tengo la seguridad de que la Historia ha de ser con ellos menos rigurosa. (Muy bien. Aplausos).

En esta primera etapa de la guerra, que terminó con la victoria aplastante sobre Francia, España tuvo para la nación francesa toda la consideración y afecto que demuestran las relaciones mantenidas por su Gobierno y sus representantes hasta la última hora, contrastando esta actitud de España en esta etapa en que Francia fué beligerante, con la acción que mantuvieron los comunistas galos en España, que han tenido recientemente un refrendo formal en las palabras del jefe comunista francés, en plena Asamblea nacional, cuando recabó para el partido comunista francés el mérito ante la nación de haberse batido brillantemente en la guerra de España, perdonándosele de esta manera la traición a Francia cuando ésta era precisamente beligerante y luchaba con su enemigo secular. (Gran ovación que dura largo rato). España en la hora de la desgracia francesa supo dar al olvido estos agravios.

La derrota aliada en el Continente y la llegada de la Alemania victoriosa a la frontera pirenaica creó para nosotros una nueva y difícil situación. Todo el interés de Inglaterra en aquel momento era que España se mantuviese alejada de la guerra. Entonces se nos ofrecía y se nos pedía con angustia que los alemanes no atravesasen nuestro territorio hacia el Sur, que si sus ejércitos pasaban, la ruina era segura. Existe en nuestros archivos constancia formal de estas peticiones. España evitó el paso, e Inglaterra se salvó. (Muy bien, Grandes aplausos).

Conducta entera, caballerosa y firme

Todas las disquisiciones que en este orden quieran hacerse no pueden destruir estos hechos. Yo me atrevo a preguntar: ¿Constituía un anhelo para la Gran Bretaña que impidiésemos el paso de Alemania por nuestro territorio? ¿Existieron presiones y peticiones en este orden para lograrlo? ¿Alcanzó España el respeto del Eje? ¿Favoreció este hecho a los aliados? Nadie puede dudar de las respuestas. (Grandes y prolongados aplausos, con gritos de "¡Franco, Franco, Franco!").

España en aquellos momentos no se dejó llevar por las tentaciones de su propio provecho, y noble y caballerosa evitó por todos los medios la invasión sin provocar el ataque. Lo importante es el hecho en sí, no los recursos que haya empleado en cada hora. Y resulta inmoral que los que se beneficiaron de este servicio, permitan se discutan los medios empleados para alcanzarlo. (Grandes aplausos).

Cuando los pueblos se equivocan es noble y honrado el rectificar. Inglaterra y Francia juzgaron la política de España por sus apariencias y partieron de una tesis completamente falsa: el que España había quedado comprometida y aliada con el Eje por motivos de nuestra Cruzada. Una de las mayores sorpresas aliadas ha sido el encontrar en ese expurgo de papeles y documentos que se llevó a cabo en las Cancillerías del Eje, la forma independiente, serena y firme con que España ha mantenido durante toda su Cruzada su soberanía sin ninguna clase de compromisos (Muy bien.), así como la conducta entera, caballerosa y firme con que sorteó y defendió su apartamiento de la guerra en todos los momentos de la gran contienda universal.

La actuación de ningún país del universo hubiera podido resistir este expurgo malicioso de sus relaciones exteriores.

Los documentos diplomáticos no pueden juzgarse aisladamente y fuera de su momento; muchas veces constituyen sólo facetas de un conjunto, fintas, sondeos, provocación de reacciones con que se intentan descubrir otros planes y proyectos. (Muy bien, muy bien).

Solidaridad con los pueblos hispánicos

La entrada de los Estados Unidos en la contienda imprime a la guerra un nuevo carácter. Esta se hace universal y se dilata en el tiempo y en el espacio. España unida por vínculos tan estrechos con el continente americano, se siente solidaria de los otros pueblos hispánicos, y lo mismo que al principio de la contienda son las voces de las naciones hispanoamericanas las que se elevan pidiéndole a España no interviniese en la guerra, nuestra nación en estos momentos les corresponde, declarando su neutralidad en la nueva guerra que comienza y mostrando sus deseos de que la paz reine y se conserve en el continente americano.

En estos meses tan delicados para la vida de los españoles en el exterior, ante la malicia de nuestros adversarios despechados, el Gobierno español ordena a todos sus representantes que manden a las colonias españolas en el exterior que extremen su corrección, su espíritu de neutralidad y su adhesión clara y leal a los Gobiernos en cuyas naciones residan, con la satisfacción de que en período tan dilatado de la guerra ni un solo español haya sido acusado ante los Tribunales, ni se haya recibido tampoco la

menor queja ni observación contra ninguno en nuestras Legaciones y Embajadas. (Muy bien, muy bien.)

La guerra del Pacífico lleva las simpatías del pueblo español del lado de quienes en aquellos territorios defendían los principios de una civilización, de una cultura y de una fe en trance de desaparición ante la xenofobia de que los japoneses hacían gala. Y, no obstante estos sentimientos, de los que se hizo en muchas ocasiones eco nuestra Prensa, y de las duras gestiones que llevaron a cabo nuestros diplomáticos ante las autoridades japonesas en defensa de los principios más elementales del derecho de gentes, a España no se le hizo la justicia debida, y es que la malicia de nuestros adversarios vencidos no perdía ocasión para maquinar contra la paz y la amistad de nuestra nación con los otros pueblos.

La réplica española al "Libro Blanco" americano ha puesto al descubierto la buena voluntad y concesiones que en esta etapa de la guerra, España hizo a los Estados Unidos y sus aliados. Y mucho más podríamos decir si esa política de buena voluntad no nos aconsejase callar aquello que ofreciéndonos satisfacciones personales plenas ante la opinión, pudiera, sin embargo, destacar diferencias o refrendar conductas que pueden levantar dificultades para la paz y la buena comprensión entre los otros. (Muy bien.)

Con esto queda demostrado que antes de la guerra, y durante ella, España ha practicado su política de buena amistad hacia todos los países con quienes tenía relaciones, y que esta misma política ha seguido manteniendo después de las hostilidades.

Atendemos, ante todo, al interés español

Nosotros no aspiramos a que la política de España en cada época pueda ser grata a todos los pueblos, pues lo que necesita servir es el interés español y no el extranjero. (Muy bien. Muchos aplausos), y en este sentido nadie puede dudar que la política de Gobiernos manteniendo a España neutral y apartada de la guerra, y evitándole al pueblo español la más grave de las contiendas y de las devastaciones, ha servido con toda eficacia a la nación española. Mas en este caso no por atender al interés español ha dejado de servir también al de los aliados, pues, como repetidas veces se ha demostrado y los jefes más autorizados de las naciones aliadas reconocieron, nuestra política sirvió a lo que

con tanta ansia en los momentos más difíciles de su historia Inglaterra nos pedía, y al interés y al éxito de las armas americanas, por habérles asegurado con su neutralidad su victorioso desembarco en el norte africano.

Las naciones adoptan en cada momento de su historia la actitud que mejor sirve a su propio interés. No hay nada permanente ni definitivo en política exterior. Los que un día vimos como aliados, a los pocos años los vemos como enemigos. Pesa el interés común en cada hora sobre el que sólo triunfa el crear lazos y estrechar afectos. Una guerra, y de la naturaleza que son las guerras modernas, suele llevar como secuela otras futuras guerras. El habernos librado de ella y el no haber abierto ningún abismo, no obstante los momentos graves porque pasamos, con los otros pueblos, ni aun con aquellos que secularmente nos dañaron, es una bendición que España recibe y que le permite mirar el porvenir con confianza. (Muy bien. Muy bien.)

La política exterior de los pueblos busca su grandeza y su bienestar. No es estática, sino dinámica y sujeta a la inquietud de cada momento. El empeñarse en perpetuar la política por accidentes históricos de su pasado constituye el más grave y peligroso de los errores. Ni siquiera basta mirar al momento, es preciso en política prevenir el futuro. Son el trabajo, el progreso, su población, su estado de forma en cada momento lo que pesará en el concierto de los pueblos.

El Pacto Ibérico

Dos vecinas tiene España a lo largo de sus fronteras: la nación portuguesa, con la que nos unen estrechísimos y fraternales lazos de amistad, y la nación francesa. Con la primera, España, al término de nuestra Cruzada, firmó su primer tratado de no agresión, y llegados los alemanes a nuestra frontera, e interesados por la intervención de España en la contienda. España reafirma su neutralidad, firmando lo que se conoció con el nombre de Pacto Ibérico, que lo mismo tuvo su eficacia en la guerra que sigue en pleno vigor hoy en la paz. La fecha y circunstancias en que este pacto fué firmado, y el fin perseguido de defensa e integridad de la península Ibérica, es el refrendo más fuerte que puede hacerse de la intención española de mantenerse apartada de la guerra y de la política de amistad y de buena vecindad con la nación hermana. (Muchos aplausos).

No podría decir lo mismo la malhadada República española, pues durante su tiempo tuvo lugar aquella inicua conspiración de los gerifaltes republicanos, amparando a los conspiradores portugueses, que afloró a la publicidad con el apresamiento del vapor "Turquesa". Ni uno solo de los partidos republicanos de entonces se libra de la responsabilidad. España tiene documentos, que puede ofrecer a la publicidad, de hasta dónde llegaban las pasiones y maquinaciones de los republicanos contra la paz y el orden de sus vecinos. (Muy bien.)

Política francesa de mala vecindad

Por cuanto se refiere a nuestra vecina de allende los Pirineos, la política de la nación española no puede ser más noble y generosa. España continuó manteniendo sus relaciones de amistad, y con las seguridades ofrecidas facilitó la concentración de los franceses en un solo frente, sin tenerse que preocupar de nuestra frontera. España no se aprovechó de la derrota francesa, ni aun después de conocer cómo, para entrar en la guerra en favor de Polonia, había reivindicado, para el caso de una victoria y de que España interviniese en la contienda, islas y territorios pertenecientes a nuestra soberanía. (Grandes y prolongados aplausos, con vítores a Franco).

Terminada la contienda, la política de mala vecindad hacia España, denunciada por la nación española, ha tomado estado. Se suceden las injurias y calumnias contra su régimen, el asalto de consulados, las violencias contra los españoles, las agresiones de partidas contra nuestra frontera, y aun los ataques serios de fuerzas organizadas, como el que en octubre de 1944 penetró por el valle de Arán, sembrando el terrorismo en las aldeas, y como inri, el corte arbitrario de las comunicaciones con España y las acusaciones y manejos diplomáticos ante las naciones extranjeras para provocar el aislamiento de nuestro país.

¿Es que puede definirse de una manera más clara la agresión y el espíritu de mala vecindad de un pueblo hacia otro? No es el distintivo de nuestro régimen, como hemos demostrado, el peligroso, sino de los regímenes comunistas demagógicos y carentes de autoridad. (Muy bien). Está visto que ni aun con la derrota y el desastre las naciones aprenden las lecciones de la guerra. (Muy bien).

Todos saben quién amenaza el mundo

Lo que ocurre en el mundo internacional no puede ser más artificial y paradójico. En la conciencia de todos los pueblos existe un general temor, todos saben quién amenaza al mundo, quién conspira y quién maquina contra la seguridad de las otras naciones. Y, sin embargo, nadie se atreve a pronunciar el nombre. Hay sucesos que se sepultan en el más grande de los olvidos. Ya nadie habla de la expulsión de la Sociedad de Naciones de la agresora de Finlandia, ni del pacto germanorruso, que repartió Pololonia y dió manos libres a Alemania para su victoria en el Oeste (Muy bien.); ni de los Estados bálticos, ni de las debilidades y colaboración de otros jefes y pueblos. Es España sólo la que constituye el blanco y la obsesión, la cortina de humos que distrae la atención alejando el pensamiento del fracaso. (Muy bien. Aplausos).

Se habla de quiméricas maquinaciones que España pudiera hacer contra la paz, olvidando que ello es imposible bajo el signo católico que preside nuestras acciones, y, en cambio, nada se dice de los millones gastados para producir en España disturbios o revoluciones, ni de las escuelas de terrorismo que funcionan en un país vecino, ni de los esfuerzos claudestinos para turbar la paz y arrastrar a la rebeldía a las masas obreras que los agentes del comunismo preparan y fomentan en el mundo con el señuelo de su mítico paraíso.

Al aumentar de dimensión la guerra, y al achicarse el mundo ante el avance de la velocidad, parecían hacerse más necesarias la solidaridad y la cooperación internacionales. Sin embargo, el camino que vemos emprender es completamente el contrario que el que el mundo anhela. Si la guerra actual sirve para que a costa de ella unas naciones aumenten de territorios, sojuzguen a otros pueblos y extiendan su poder por el universo, se habrá echado la simiente de la guerra futura.

Si por otra parte, se eleva al rango diplomático la licitud de la mentira, que difinió Lenin como arma política, y la Sociedad de las Naciones se dedica a dar cauce y estado a las pasiones o intrigas políticas de los distintos sectores, entrometiéndose en la vida interna y en lo que es privativo de cada nación, no será un instrumento de paz el que se labre, sino la verdadera causa de la discordia, como alguna de las naciones pretenden. (Aplausos).

Es paradójico que sea la calumniada España uno de los po-

cos pueblos del universo que sin tomar parte en la guerra ha aprovechado sus lecciones y ofrecido al mundo el sentido de su colaboración y solidaridad, y en honor de esa comprensión del Occidente ha dado al olvido viejas ofensas y equivocaciones lamentables.

Yo agradezco a los españoles esa serenidad con que observan la locura del mundo y esa firme adhesión que me ofrecen en todos los momentos. Ni lo que hemos sido en la Historia nos lo regaló jamás nadie, ni lo que hayamos de ser en el futuro nos lo han de conceder los demás. Es la unidad y el esfuerzo de todos los españoles los que han de lograrlo. Con España seguirán siempre estando la verdad y la razón. No; no son los pueblos los que están contra España, es la política sectaria de los grupos apoderados de los órganos de opinión, es la eterna obra de los fariseos, el "Barrabás" de una multitud engañada. (Una clamorosa salva de aplausos, que dura varios minutos, acoge las últimas palabras del Jefe del Estado. Todos los procuradores, puestos en pie, aclaman al Caudillo entusiásticamente).

Duke University Libraries
D04441671R